

Y MÁS CUENTOS CON LOBOS



ILUSTRACIONES DE LEICIA GOTLIBOWSKI

Este libro pertenece a:

Este material ha sido elaborado por la Dirección de Educación Primaria,
Dirección General de Educación Estatal,
Subsecretaría de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa,
Ministerio de Educación. CABA.
Selección del texto: María Elena Cuter
Diseño gráfico y diagramación: Leicia Gotlibowski
Ilustración: Leicia Gotlibowski

Grimm, Jakob Ludwig
Y más cuentos con lobos/Jakob Ludwig Grimm; Jakob Ludwig Grimm; ilustrado
por Leicia Gotlibowski. - 1a ed. ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-549-824-2

1. Literatura. 2. Material Auxiliar para la Enseñanza. I. Grimm, Jakob Ludwig.
II. Gotlibowski, Leicia, ilus. III. Título.
CDD 371.33

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación
Carlos H. Perette y Calle 10 - CABA

Hecho el depósito que marca la Ley n° 11.723
Distribución gratuita. Prohibida su venta.

JEFE DE GOBIERNO
Horacio Rodríguez Larreta

MINISTRA DE EDUCACIÓN
María Soledad Acuña

JEFE DE GABINETE
Manuel Vidal

SUBSECRETARIA DE COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
Y EQUIDAD EDUCATIVA
María Lucía Fedec Abal

SUBSECRETARIO DE TECNOLOGÍA EDUCATIVA Y
SUSTENTABILIDAD
Santiago Andrés

SUBSECRETARIO DE CARRERA DOCENTE
Oscar Mauricio Ghillione

SUBSECRETARIO DE GESTIÓN ECONÓMICO FINANCIERA
Y ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS
Sebastián Tomaghelli

SUBSECRETARIA DE LA AGENCIA DE APRENDIZAJE
A LO LARGO DE LA VIDA
Eugenia Cortona

DIRECTORA EJECUTIVA DE LA UNIDAD DE EVALUACIÓN
INTEGRAL DE LA CALIDAD Y EQUIDAD EDUCATIVA
Carolina Ruggero

DIRECTOR GENERAL DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO
Javier Simón

DIRECTOR GENERAL DE EDUCACIÓN DE GESTIÓN ESTATAL
Fabián Capponi

DIRECTORA DE EDUCACIÓN PRIMARIA
Nancy Sorfo

Y MÁS CUENTOS CON LOBOS

Pedro y el lobo.....5

Caperucita Roja.....23

ILUSTRACIONES DE LEICIA GOTLIBOWSKI



PEDRO Y EL LOBO

Cuento popular



Había una vez un pequeño pastor llamado Pedro que vivía en una aldea cercana a una hermosa pradera.

Cada mañana, apenas el sol se asomaba en el horizonte, Pedro pasaba a buscar las ovejas por los establos de sus vecinos. Los dueños de las ovejas le recomendaban que las cuidara mucho y que estuviera atento a la presencia de un lobo que llevaba un tiempo merodeando por la aldea.

Pedro llevaba a todas las ovejas a la pradera para que pastaran y corretearan al aire libre y regresaba a la aldea por la tarde. Mientras el rebaño disfrutaba a sus anchas, él se sentaba debajo de un árbol o en alguna roca y vigilaba para que ninguna oveja se le perdiera.

Algunas veces, como cuidar todo el día del rebaño era muy aburrido, Pedro se quedaba dormido debajo de cualquier árbol que hubiera cerca. Nunca se dormía por mucho tiempo porque las mariposas le hacían cosquillas en la nariz o las orugas trepaban por sus piernas. Apenas se despertaba, sobresaltado, rápidamente contaba sus ovejas, preocupado por haber perdido alguna.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...



Pero como todas las ovejas parecían iguales, Pedro se perdía en la cuenta y volvía a empezar:

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

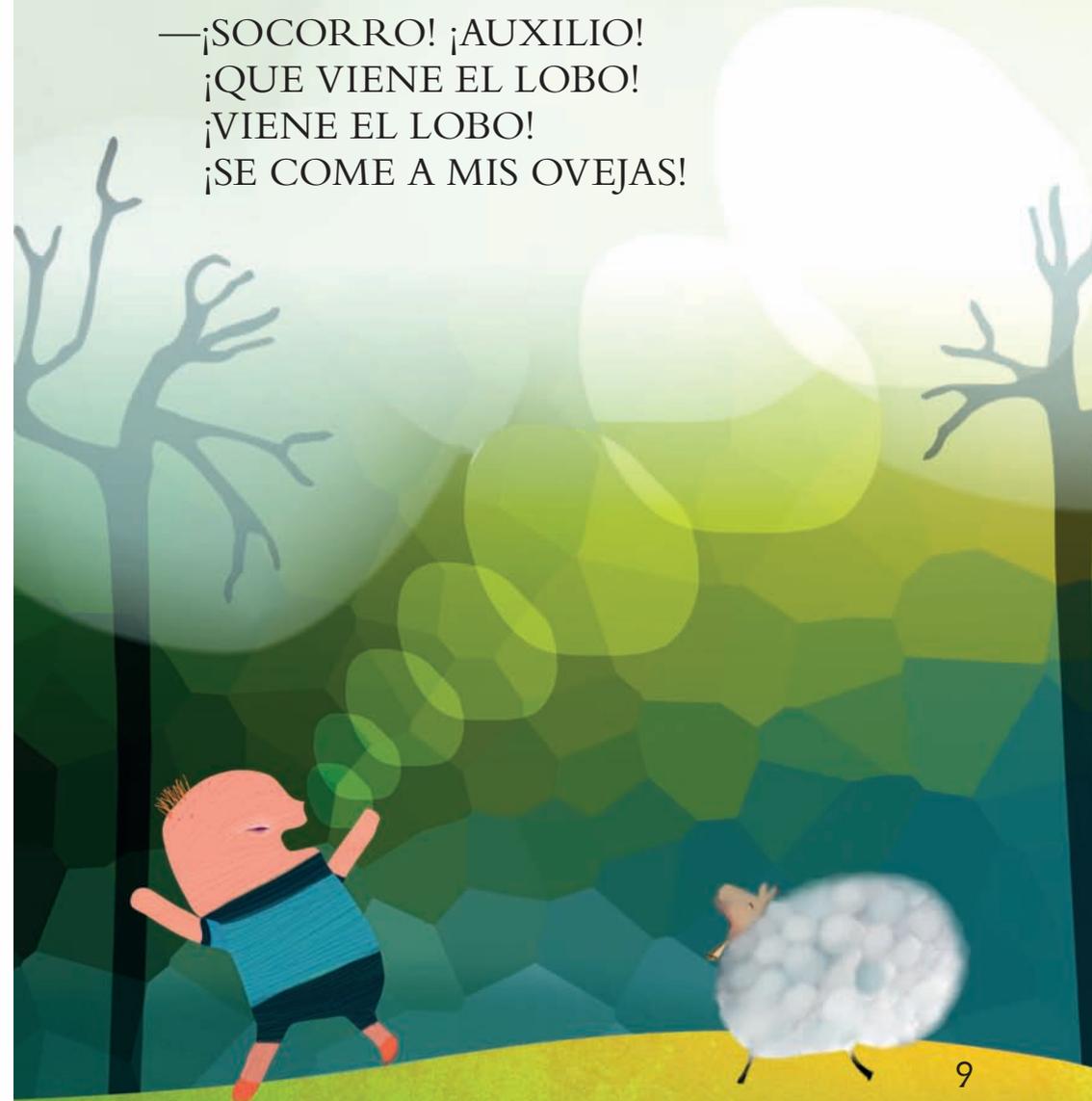




Otras veces, mientras veía pastar a sus ovejas, Pedro pensaba en las cosas que podía hacer para divertirse. Sin nada más para hacer que mirar la hierba y las nubes, el pastorcito se aburría. ¡Qué largos se le hacían los días!

Y fue así que una tarde se le ocurrió una idea para divertirse un poco. Decidió que pasaría un buen rato burlándose de sus vecinos. Sin pensarlo dos veces, subió a una pequeña colina y empezó a gritar:

—¡SOCORRO! ¡AUXILIO!
¡QUE VIENE EL LOBO!
¡VIENE EL LOBO!
¡SE COME A MIS OVEJAS!



Los aldeanos oyeron esos gritos estremecedores. Sin pensarlo dos veces, tomaron sus picos y azadas y salieron corriendo en ayuda de Pedro, dispuestos a salvar al rebaño de las garras del lobo.

Cuando llegaron a la pradera descubrieron al pastorcito deshecho en carcajadas y a todas las ovejas pastando muy tranquilas en el prado.

—¡JAJAJA! ¡LOS HE ENGAÑADO A TODOS!
¡NO HAY NINGÚN LOBO!
¡HA SIDO MUY GRACIOSO!

Los vecinos se enojaron mucho y retaron a Pedro por su broma de mal gusto. Pero como sus ovejas estaban a salvo, regresaron tranquilos a sus trabajos.





El verano llegaba a su fin y Pedro seguía, día tras día, acompañando a sus ovejas a la pradera. Las jornadas pasaban lentas y el pastorcito necesitaba entretenerse con algo que no fuera oír balidos y contar ovejas.

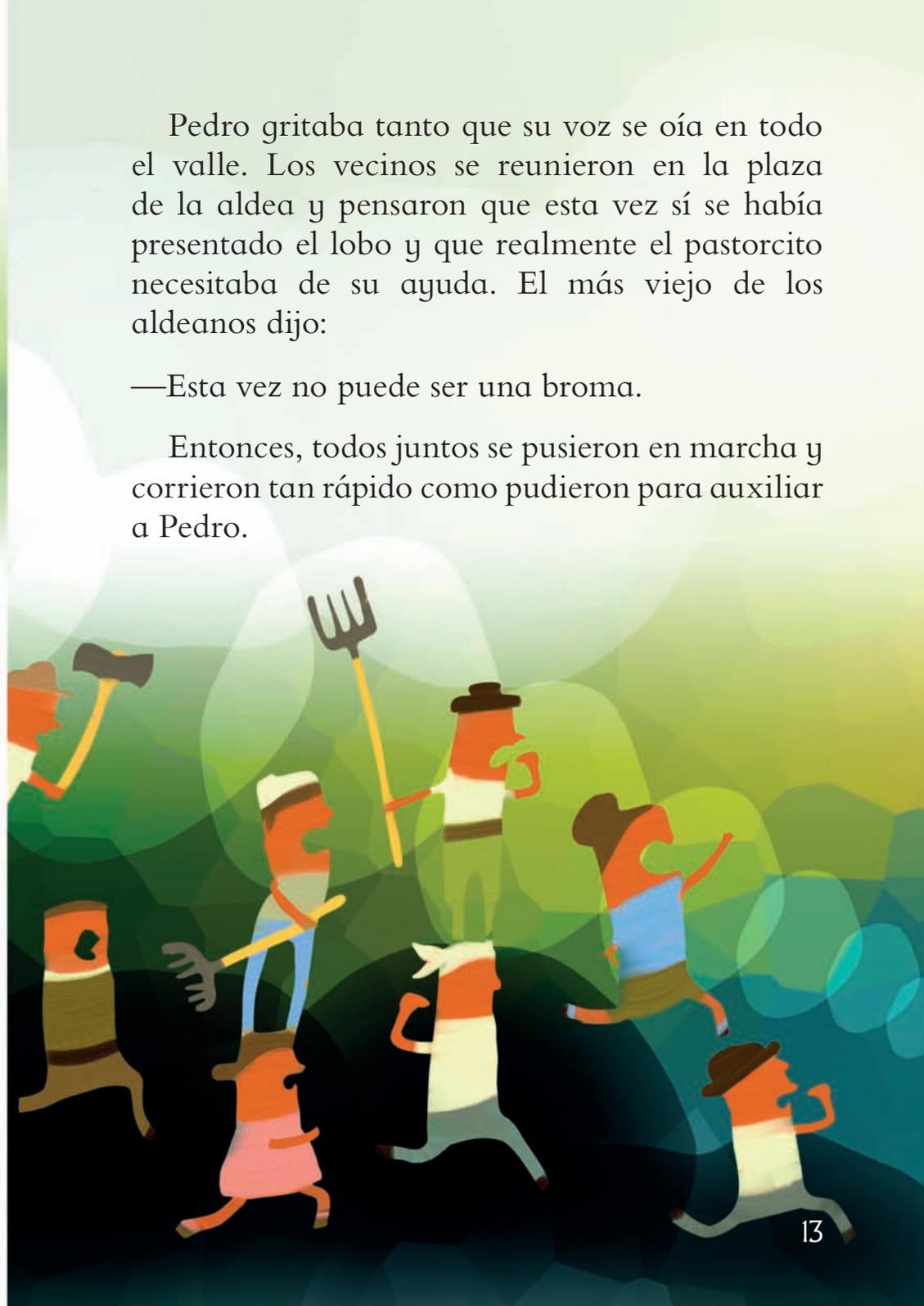
Y fue en ese momento de aburrimiento que decidió repetir la broma. Subió a la misma colina de la vez anterior y, cuando estaba en lo más alto, comenzó a gritar:

—¡SOCORRO! ¡AUXILIO!
¡QUE VIENE EL LOBO!
¡VIENE EL LOBO!
¡SE COME A MIS OVEJAS!

Pedro gritaba tanto que su voz se oía en todo el valle. Los vecinos se reunieron en la plaza de la aldea y pensaron que esta vez sí se había presentado el lobo y que realmente el pastorcito necesitaba de su ayuda. El más viejo de los aldeanos dijo:

—Esta vez no puede ser una broma.

Entonces, todos juntos se pusieron en marcha y corrieron tan rápido como pudieron para auxiliar a Pedro.



Apenas llegaron vieron a Pedro y a las ovejas pero el lobo no estaba por ninguna parte. Al acercarse, sorprendieron nuevamente al pastorcito riéndose a carcajadas.

—¡JAJAJA! ¡LOS HE ENGAÑADO A TODOS!
¡NO HAY NINGÚN LOBO!
¡HA SIDO MUY GRACIOSO!

Esta vez sí que se enojaron. Cuando vieron cómo Pedro se reía de ellos por haber caído en su broma, se prometieron no dejar que los engañara nuevamente.

—Esto no es una broma —decía uno.

—No, algún día se dará cuenta de lo que ha hecho —comentaba otro.

—¿Una broma? ¡No tiene nada de gracioso!
—exclamaron varios.

—¡Es un mentiroso, no volveremos a creerle!
—dijo uno de los aldeanos.



Pasaron algunos días y Pedro aún se reía al recordar la broma que había hecho a sus vecinos. Pero una mañana, mientras descansaba bajo la sombra de un árbol, escuchó unas pisadas que no eran de su rebaño. Cuando se dio vuelta y lo vio, el miedo le invadió el cuerpo. Un lobo se acercaba sigilosamente a sus ovejas.

Asustadísimo, Pedro corrió hacia lo alto de la colina y empezó a gritar con desesperación:

—¡SOCORRO! ¡AUXILIO!
¡QUE VIENE EL LOBO!
¡VIENE EL LOBO!
¡SE COME A MIS OVEJAS!

Gritaba una y otra vez, pero los aldeanos no parecían escucharlo:

—¡SOCORRO! ¡AUXILIO!
¡QUE VIENE EL LOBO!
¡VIENE EL LOBO!
¡SE COME A MIS OVEJAS!



Los aldeanos escucharon los gritos de Pedro pero hicieron oídos sordos ya que pensaban que se trataba de la misma broma. Siguieron con sus trabajos, no le hicieron caso y nadie acudió en su ayuda.

Con horror, Pedro vio cómo el lobo se llevaba dos de sus ovejas sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Mientras tanto, las demás huían por toda la pradera, perdiéndose de su vista.

El pastorcito tardó todo el día en reunir nuevamente a su rebaño. Mientras lo hacía, pensaba en el error que había cometido al mentir y burlarse de sus vecinos. Aunque tarde, se arrepintió profundamente y se prometió que nunca más repetiría una broma como esa.



Al llegar a la aldea, con los ojos llorosos, pidió perdón a los aldeanos y les contó lo que le había sucedido. Fue así como Pedro aprendió que no se debe mentir pues, cuando necesitó ayuda de verdad, nadie le creyó.



La historia de «Pedro y el lobo» que acabás de leer se ha repetido durante mucho tiempo. Tiene su origen en una fábula de Esopo que se llama «El pastor mentiroso» y cuenta acerca de las mentiras y de andar jugando a engañar a los demás.

Como toda fábula, termina con una moraleja. Ahora sabés por qué te dicen:

**«Si cuentas muchas mentiras,
nadie te creerá cuando digas la verdad.»**

Esta fábula también dio origen a un refrán:

«En boca del mentiroso, lo cierto se hace dudoso.»

«Pedro y el lobo» se llama también una de las más famosas composiciones sinfónicas de Serguei Prokófiev (1891-1953), quien fue uno de los más destacados músicos rusos del siglo XX.



Esta obra, escrita en 1936, es una historia para niños y niñas, con música y texto adaptados por él, y con un narrador al que acompaña una gran orquesta. Fue escrita a pedido del Teatro Central Infantil de Moscú, con el propósito de cultivar el gusto musical de los niños y niñas desde los primeros años de escuela. Entre otras cosas, intentaba que conocieran los diferentes instrumentos de la orquesta, su nombre y sus sonidos.

Si podés, escuchala. ¡Te va a encantar!

CAPERUCITA ROJA

Hnos. Grimm



abía una vez una dulce niña que vivía con su mamá en una pequeña aldea rodeada por un bosque muy hermoso. Todos en la aldea la querían mucho pero quien más la quería era su abuela. La abuelita siempre estaba pensando en ella, cosiéndole delantales con puntillas y tejiéndole guantes abrigados. En cierta ocasión, le regaló una capa de terciopelo rojo y, como le sentaba tan bien y la niña nunca se la quitaba, ni para dormir, todos comenzaron a llamarla Caperucita Roja.





Cierto día, la mamá de Caperucita hizo una tarta, llenó una botella de leche y pidió a la niña que fuera a llevárselas a la abuela, que estaba enferma.

Mientras le ataba el lazo del delantal, le hizo las últimas recomendaciones:

—Caperucita, tienes que llevarle esta tarta y esta leche a tu abuelita. La pobre está enferma y esto la reanimará. El camino es largo y tienes que atravesar el bosque. Anda con cuidado y no te apartes del camino; no te vayas a caer, se rompa la botella y tu abuela se quede sin nada. Ve derechito y sin entretenerte, no te pongas a jugar por todas partes. Cuando llegues a su casa no te olvides de darle los buenos días. Y sobre todo, no hables con desconocidos.

—Lo haré todo bien —dijo Caperucita Roja.



Y Caperucita Roja se marchó rumbo a la casa de la abuela que vivía afuera, en el bosque, a media hora de camino de la aldea.

Cuando Caperucita Roja iba caminando por el bosque, salió a su encuentro un lobo que parecía estar esperándola. Nunca antes la niña había visto un lobo y no sabía lo peligroso que es ese animal así que no se asustó.

El lobo, amablemente, le dijo:

- ¡Buenos días, pequeña! ¿Cómo te llamas?
—¡Buenos días! Me llaman Caperucita Roja.
—¿A dónde vas tan temprano?
—Voy a ver a mi abuelita.
—Dime, Caperucita Roja, ¿dónde vive tu abuela?
—Hay que caminar todavía un buen cuarto de hora por el bosque, porque su casa se encuentra bajo las tres grandes encinas.
—¿Y qué llevas en esa canasta?
—Tarta y leche —contestó Caperucita con cierto recelo—; pero te advierto, la cesta es para ella y solo para ella. La abuela está enferma y débil y necesita algo bueno para fortalecerse.

El lobo se echó a reír.

—No es exactamente bizcocho lo que me apetece cenar esta noche...

—¿Decías algo? —preguntó Caperucita.



—No —contestó el lobo, haciéndosele agua la boca—. Pensaba en voz alta.



«Esa joven y delicada niña será un succulento bocado; sabrá mucho mejor que la abuela. Has de comportarte con astucia si quieres comerte a las dos», pensó el malvado. Entonces, acompañó un rato a Caperucita Roja en silencio y luego, en un tono más cariñoso aún, le dijo:

—¿Te falta mucho para llegar?

—No —dijo Caperucita, señalando con el dedo—. Mi abuelita vive allí. ¿Ves ese tejado, más allá de los árboles? Esa es su casa.



—Todavía es temprano y seguro que está durmiendo. ¡Mira esas hermosas flores que te rodean! ¿Escuchas el canto de los pajarillos? ¡Es tan divertido corretear por el bosque!

Caperucita Roja abrió sus ojos y vio cómo los rayos del sol atravesaban las ramas de los árboles y tocaban las preciosas flores que había. Admirada, pensó: «El lobo tiene razón. Si llevo a la abuela un ramo de flores frescas se alegrará; y como es tan temprano llegaré a tiempo».

Y apartándose del camino, se metió en lo profundo del bosque en busca de las más lindas flores para la abuela.

Mientras tanto, el lobo se alejaba entre los árboles a todo correr, dejando a Caperucita sola en el bosque.

El hambriento lobo llegó a la carrera hasta la casa de la abuela. El malvado sabía muy bien cuál era el camino más corto. Apenas estuvo frente a la puerta, llamó suavemente...

¡TOC, TOC!

—¿Quién es? —preguntó la anciana con voz fatigada.



—Soy Caperucita Roja, que te trae tarta y leche;
ábreme —dijo el lobo afinando su voz.

—¡Entra! —dijo la abuela—. ¡La puerta está sin
cerrojo! No tienes más que girar el picaporte;
yo estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo giró el picaporte y la puerta se abrió.



Sin pronunciar palabra, fue directamente a
la cama donde yacía la abuela y se la tragó de
un solo bocado. Luego se puso el camisón de la
anciana, se calzó en la cabeza su cofia, cerró las
cortinas y se metió en su cama.



Caperucita Roja se había dedicado entretanto a buscar flores, y escogió tantas que ya no podía llevar ni una más. Entonces se acordó de nuevo de la abuela y se encaminó a su casa.

¡TOC, TOC!

—¿Quién es? —preguntó el lobo imitando la voz de la abuela.

—Soy Caperucita Roja, que te trae tarta y leche; ábreme.

—¡Entra! ¡La puerta está sin cerrojo! No tienes más que girar el picaporte; yo estoy muy débil y no puedo levantarme.

Caperucita fue directamente al dormitorio de la abuela. Corrió las cortinas y se acercó a la cama.



Allí estaba la abuela, con la cofia bien calzada en la cabeza y un aspecto muy extraño. La pequeña casi no pudo reconocerla. «¡Qué rara está! Debe estar muy enferma», pensó.

La pequeña se acercó a la cama y le dijo:

—¡Oh, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

—PARA OÍRTE MEJOR.

—¡Oh, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

—PARA VERTE MEJOR.

—¡Oh, abuela, qué manos tan grandes tienes!

—PARA ABRAZARTE MEJOR.

—¡Oh, abuela, qué boca tan grande y horrible tienes!

—¡PARA COMERTE MEJOR!

Y diciendo esto, saltó el lobo de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja de un solo bocado.



Después de haber saciado su apetito, el lobo se metió de nuevo en la cama y se durmió.

Un rato más tarde, un guardabosque pasó con su perro por delante de la casa de la abuela. Se sorprendió al escuchar los ronquidos. Pensó: «La abuela ronca pero nunca tan fuerte. Pasaré a verla, estuvo enferma los últimos días. Me aseguraré de que esté bien».



—Ven conmigo —dijo el guardabosque a su fiel compañero—. Ahí pasa algo raro.



Entró en la casa y llegó a la alcoba. Al acercarse a la cama vio al lobo tumbado en ella.

—Mira dónde vengo a encontrarte, viejo lobo —dijo—; tanto tiempo buscándote...

Entonces le apuntó con su escopeta. «¡Qué malvado!» —pensó—. «Se ha comido a la vieja señora. Pero tal vez estemos a tiempo para salvarla». Así que no disparó. Buscó unas tijeras en el costurero de la abuela y comenzó a abrir la barriga del lobo.

Apenas había dado el guardabosque un par de cortes cuando vio relucir la roja caperucita. Dos cortes más y saltó la niña diciendo:

—¡Ay, qué susto he pasado! ¡Qué oscuro estaba en la barriga del lobo!

A la abuela costó más sacarla. Había pasado tanto miedo que no hacía más que temblar.

—Con prisa —dijo el guardabosque a la niña—, ve hasta la orilla del arroyo y trae todas las piedras que encuentres. El lobo puede despertarse en cualquier momento.

Caperucita Roja salió corriendo y volvió con un montón de piedras. Con ellas llenaron la barriga del lobo y cosieron la herida.



Un momento más tarde, el lobo se despertó y quiso salir corriendo pero las piedras pesaban tanto que lo hicieron caer. Se arrastró hasta la puerta y salió de la casa de la abuela. Se internó en el bosque y nunca más se lo vio.

En la casa de la abuela todo fue felicidad.



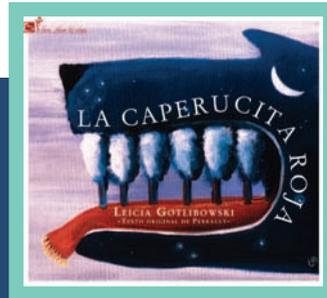
—Esto hay que celebrarlo —dijo el guardabosque sirviendo la leche que había llevado Caperucita.
—¡No olviden la tarta! —exclamó la abuelita, que era muy golosa.

Caperucita y el guardabosque se echaron a reír. La abuelita empezaba a recuperarse.



El cuento de «Caperucita Roja» que acabás de conocer está basado en una historia que, durante muchísimos años, recorrió los pueblos de Europa narrada de boca en boca. Nadie la había escrito; los pequeños la escuchaban de los mayores y, de tanto escucharla, podían repetirla casi de memoria. A esa historia, cada narrador le agregaba o le sacaba algunos detalles pero siempre, siempre, había una niñita, una abuela y un lobo.

Charles Perrault la publicó por primera vez en 1697. Sin embargo, la versión más popular es la que recogieron los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm en sus «Cuentos de los niños y del hogar», publicado en 1812. Hay (y habrá) muchas reescrituras de Caperucita Roja porque cada tiempo le ha encontrado su propia interpretación.



Leicia Gotlibowski, la artista plástica que ilustró esta versión de Caperucita Roja, también realizó un bellissimo libro álbum con el cuento de Charles Perrault que, probablemente, encuentres en la biblioteca de tu escuela. Si bien el texto es el original de Perrault, la ilustración «reescibe» la historia dándole un giro sorprendente. ¡Tratá de leerla!





Vamos Buenos Aires